

Heurística

Pensar la ingeniería

Especulaciones sobre una crisis

Johannio Marulanda
Escuela de Ingeniería Civil
y Geomática
Universidad del Valle
Cali, Colombia.

Tomando alguna distancia de la denominada crisis de la Universidad del Valle y sometiendo a juicio crítico la visión oficial sobre el asunto, me pregunto si el diagnóstico basado en cifras, en la calidad de la administración y en los indicadores de gestión, no es más que el resultado de una explicación reduccionista. Reduccionismo que se ajusta perfectamente a una ideología que procura "explicaciones objetivas" en el tratamiento de los incómodos asuntos públicos, explicando lo que de antemano se desea justificar: la ineficiencia de las instituciones, la obsolescencia de lo público, la corrupción de los empleados, la voracidad de los maestros, funcionarios y asalariados y, en general, la necesidad de acabar con lo público porque sólo lo privado es eficiente, vale la pena, rinde dinero y, además, es sagrado. La ideología reduccionista nos oculta otros ángulos del asunto. No hago una defensa de lo público ni anatemo lo privado, estos son temas para otras ocasiones, por el momento especularé sobre un aspecto que, a mi juicio, tiene estrecha relación con la crisis: la obsolescencia de lo que hacemos, la incertidumbre en la que vivimos y la ausencia de un paradigma.

A la pregunta ¿cuál es el propósito último de la acción del docente universitario en nuestro contexto?, podría decirse que, entre varios, es el mismo propósito del maestro de educación básica y de los demás maestros: contribuir a la construcción de una nación a través del desarrollo de las potencialidades individuales y colectivas. Nuestra nación es multiétnica, multirreligiosa, multicultural, nuestro patrimonio es la diversidad, pero desde siempre, en medio de esta fortuna cultural, nos hemos despedazado movidos más por odios y venganzas que por ideales y proyectos comunes. Por ese motivo, pienso que nuestro último propósito es construir una nación o ¿cuál sería?

Avanzo en la especulación desde varios supuestos:

- estamos en el vórtice de una revolución científica y tecnológica de la que no nos percatamos por la inmediatez y la vertiginosidad (hoy, en un día, circulan en el mundo diez mil millones de mensajes por correo electrónico, ¿cuántos y cómo circularán en diez años?, ¿cómo transformarán nuestro quehacer?), acompañada por una globalización tramposa en la que los poderosos protegen y amplían sus aparatos productivos mientras, a través de organismos internacionales bajo su dominio, prohíben protegernos y nos desmantelan;

- vivimos un aplazamiento de las utopías, la ideología liberal se ha impuesto sin oposiciones dominando el imaginario político y social; "ha muerto la historia" es el grito de victoria de los defensores de statu quo porque, a su juicio, en los siguientes milenios prevalecerá el liberal-capitalismo cuyos cambios se deberán sólo a su autoperfeccionamiento;

- ¿qué observamos?: que ninguna de las carencias importantes de la humanidad ha menguado, por el contrario, su agudización es extrema; para muestra: los más ricos, 20% de la población, poseen el 83% de los bienes del planeta mientras el 20% más pobre posee el 1.5%;

- estas realidades de nuestro tiempo no son circunstanciales, nos interrogan acerca de lo que es ser humano hoy, de lo que hacemos, lo que pensamos, lo que nos está permitido, lo que deseamos; que son interrogantes acerca de nuestro ser y condición humana;

- ¡la guerra!, la nuestra, que sumada a una revolución científica y tecnológica que ha dejado rezagadas a nuestra industria y a una globalización que revienta los restos de lo que todavía queda en pie, acabaron con nuestro aparato productivo arrojando los residuos a las calles, residuos reciclables que ahora deambulan buscando empleo porque sólo eso aprendieron y sólo eso saben hacer; y si quisieramos modernizar la producción para competir con quienes se protegen a ultranza, tendríamos que despedir aún más gentes, aumentando la tragedia de quienes han perdido oportunidades para ser, porque el trabajo productivo es condición para ser humano, no es una dádiva de los poderosos ni "el trabajo lo hizo Dios como castigo", ni "el trabajo para mí es un enemigo", según la versión del negrito del Batey;

- quienes tenemos un contrato de trabajo podríamos considerarnos afortunados y seguros, con empleo estable y jubilación asegurada, sin embargo, las cosas no paran allí, pues nosotros, quienes estamos fijos y demasiado seguros, somos obsoletos, lo que sabemos ya de poco nos sirve excepto para repetirnos mientras el mundo cambia de un día para otro; si trabajáramos en una fábrica moderna estorbaríamos y deberíamos ceder el lugar a un joven con saberes y habilidades nuevos porque nosotros ya dimos lo que teníamos que dar; pero, por fortuna laboramos en una universidad y podemos repetir y repetir como se ha hecho durante siglos sin que nadie reclame; el problema parece consistir en que esta rueda de la fortuna no aguanta más: tampoco nuestro empleo fijo es fijo, cambiamos permanentemente o desaparecemos;

- los aparatos productivos de nuestra época no se parecen a los anteriores, las fábricas, los comercios y las oficinas son diferentes, exigen poca mano de obra, con habilidades cambiantes y capacidades nuevas, ¡son muy económicas y racionales!, su tecnología se distingue por la flexibilidad, pueden cambiar en cualquier dirección con extraordinaria facilidad, y sus obreros, operarios y empleados ¡cambian o se van!, ¡nos reciclamos o nos reciclan!;

- la educación, nuestro tema; los diagnósticos de quienes saben del asunto son de orden económico o, mejor, de racionalidad económica y administrativa, para darle un toque científico y de objetividad al asunto; además, las instituciones educativas son calificadas en términos de la ideología de la pertinencia al contexto productivo, económico, social y político; hay otras instituciones educativas de carácter superior que, a juicio de los expertos, son muy pertinentes y que, curiosamente, son privadas; claro, porque su pertinencia está medida por la funcionalidad que guardan con la empresa y la burocracia que, en otras palabras, es una lápida sobre la academia; hemos olvidado que la pertinencia de la universidad tiene que ver

sin certezas, ante posibilidades frecuentemente opuestas. ¿Qué será de las profesiones en una década?, ¿qué será de la educación a la vuelta de la esquina? y ¿qué podremos hacer hoy en ese sentido?

Ahora, más que nunca es necesario actuar para la construcción de una nación. No podemos salir en tropel buscando un territorio valdío ubicado quién sabe donde, para allí, sin limitaciones y con una nueva ley perfecta, construir un país a nuestro amañó; ya tenemos el terreno y nos corresponde construirlo aquí, en medio del conflicto, en medio de mil amores y odios ancestrales. Se trata de un asunto político en sentido fuerte, de hacer política en serio y con compromiso,

Especulaciones sobre una crisis

con su natural impertinencia, pues no está vinculada con los intereses particulares, con una ideología o un credo, con un gobierno ni con la burocracia, no obedece a los argumentos de autoridad ni a las coacciones que la quieren arrodillar al servicio de un interés, por ello es impertinente, pues su pertinencia está signada por las relaciones con el interés general, con la construcción de una nación, con los valores de la humanidad, y por los compromisos con el saber y sus formas de producción, validación, circulación y crítica; su pertinencia es la impertinencia;

- en el camino hacia las soluciones encontramos obstáculos de toda índole: las determinaciones sociales que escapan a nuestro control, las instituciones, el Estado, el interés particular, hay impedimentos y barreras por doquier que, tal vez son una proyección de nuestras propias limitaciones: somos el principal obstáculo y así mismo somos protagonistas en la construcción de soluciones, pero, ¿estamos dispuestos a aceptar nuestras limitaciones, nuestro rol y compromiso?; siempre es mejor que la culpa y el esfuerzo sean ajenos;

- no es posible reconocer la culpabilidad si no hay conciencia del pecado y no hay conciencia del pecado porque no sabemos que hemos pecado; no nos reconocemos culpables de la situación de nuestra nación, la culpa es de otros que son malos por naturaleza y que atentan contra todo lo bueno que nosotros representamos, ¿cómo pedirnos hacer las cosas de modo diferente si no lo sabemos, si no hay procedimientos establecidos o antecedentes?, se supone que debemos explorar opciones y crear nuevas posibilidades, pero ésta no es la pauta común y tampoco lo admitimos de buenas a primeras; los cambios siempre son indeseables, y cuando cambiamos procuramos continuar igual.

Los anteriores son presupuestos discutibles, hipotéticos y por ello falibles, pero, como siempre, es necesario formular supuestos sobre cuya base sea posible avanzar. En cierto sentido, especular es una de las condiciones de la racionalidad sin la que no sería posible actuar. Ahora, más que nunca, es necesario prever, imaginar el futuro y sus opciones, porque con certeza absoluta no será la continuación lineal del presente, será una variante, una posibilidad. En consecuencia hace parte de nuestro presente actuar bajo incertidumbre,

sin delegaciones ni cómodas indiferencias. ¿Qué será de Colombia en una década? y ¿qué podremos hacer hoy por ella?

Ahora, más que nunca es necesario transformar la educación, toda la educación, incluidos los maestros. ¡Vivan la creatividad y la imaginación que tanto predicamos los educadores!, pues desde este cómodo parapeto verbal nos corresponde rehacernos en la perspectiva de un futuro desconocido e inminente. Pero eso predicamos para ir en contravía, si en algo somos conservadores es en el modo como actuamos y estamos organizados, queremos ansiosa y acríticamente parecernos al medioevo, a las más rancias instituciones de educación superior que son el argumento de la tradición y el éxito. ¿Qué será de las universidades cuando la calidad de las instituciones se mida por la calidad de sus estudiantes y no por la de sus profesores?, ¿qué será de la educación en una década? y ¿qué podremos hacer hoy en ese sentido?

Ahora más que nunca nos corresponde asumir críticamente la cruda realidad contemporánea y actuar desde la especificidad de nuestra institución. Generalmente esquivamos el compromiso con el argumento de la singularidad de la entidad universitaria, la razón es pródiga en razones a favor de una aparente actividad creativa que oculta la pasividad y el anacronismo. Pero es imprescindible asumir la realidad, pues en su contexto operan los procesos formativos concretos y es allí donde las escuelas y universidades cumplen su rol.

A la par con los más extraordinarios logros del espíritu crece nuestra perpejidad por lo paradójico de nuestra existencia. La ciega fe en la razón hace de nuestras universidades una prolongación acrítica de los proyectos de la Ilustración y el Positivismo. Flotamos en una mitología científica y una tecnocracia irrefrenable, al pueril servicio del interés particular. Creamos un saber con extraños fines que conduce a la barbarie, que se instrumentaliza pervirtiéndose, esclavo de la especulación, un saber que nada sabe sobre sí mismo.

De otra parte, vivimos sociedades enfermas, nihilistas, en las que nada vale y por ello todo vale, que se descomponen en medio del egoísmo y de un despotismo militarista de múltiples facturas bajo el dominio de la superficialidad consumista, donde prima la forma sobre el contenido y se han perdido los lazos de una cultura identificadora que exprese las manifestaciones vitales de una nación; de otra parte, el Estado instrumental se aliena y opera como agente eficaz de la

economía política. Las individualidades deambulan sin proyectos, dispersas, cínicas, hedonistas, indiferentes, sin identidad, inmersas en la aventura de las diferencias superficiales y exteriores, bajo el lema de que es preferible perderse y no encontrarse. Hemos resignado la confianza en los grandes relatos que justifican y legitiman la cultura dando sentido a la existencia individual y colectiva.

Con Nietzsche, el filisteo culto prima sobre el artista. Se esfuma el artista que unifica el caos de estímulos e impulsos, que se conoce e inventa a sí mismo cumpliendo con un deber ético y estético, que se asume como obra impulsado desde un imperativo ético interior; y se impone el filisteo culto que

En 1997, de cada 100 dólares negociados sólo 2.5 correspondieron al intercambio de bienes y servicios, pues la producción sirve a la especulación; la cuarta parte de la humanidad comete las tres cuartas partes de los crímenes contra la naturaleza. Vivimos una cruel paradoja: la economía necesita vender más y pagar menos, la obsesión por el consumo requiere salarios altos y la competencia los exige bajos, convirtiendo la mano de obra en la mercancía más abundante y barata; el derecho al trabajo se convirtió en la necesidad de trabajar por lo que sea y como sea; 6 de cada 10 norteamericanos reciben salarios inferiores a los de hace 25 años, aunque la economía creció 40%.

Especulaciones sobre una crisis

11

elude la tarea ética y estética, sumiso, conformista, exterior, que aspira ser como todos y termina siendo como el otro lo moldea, parapetado en la opinión y evitando la diversidad, anónimo y sin identidad.

Mas no termina allí la diatriba contra la modernidad que desprecia la honestidad, castiga el trabajo, recompensa el delito, que ofrece los derechos públicos como favores del poder, que convierte la educación y la salud en caridad pública, donde el Estado se ocupa sólo de la deuda externa y la seguridad interna, donde imperan militares despóticos, políticos corruptos, banqueros usureros y fabricantes de opiniones y emociones que impunes imponen el orden doméstico y mundial. Crece la deuda con la humanidad.

Los niños y adolescentes son la mitad de latinoamérica, la mitad en la miseria; hace cinco años cinco millones vivían en las calles; la mujer recibía un tercio que el hombre por igual trabajo; por cada diez pobres siete eran mujeres; entre tanto, un millón de niñas se prostituye cada año en el mundo.

En 1960, el 20% más rico tenía 30 veces más que el 20% más pobre, en 1990 la diferencia de patrimonio era de 70 veces, hoy es de 90. Los 10 más ricos tienen lo que producen 50 países; los 447 más ricos tienen lo que produce media humanidad. En 50 años se han duplicado los ricos y triplicado los pobres; en 30 años habrá 5.000 millones de pobres. El producto combinado de General Motors & Ford supera el de África negra; 10 multinacionales tienen el ingreso de 100 países; el sur envía al norte 10 veces lo que recibe por intercambios desiguales en las prácticas comerciales y especulativas; las exportaciones latinoamericanas no llegan al 5% de las mundiales, y las africanas sólo al 2%. La deuda externa es un embudo diabólico insaciable: cuanto más se paga, más se debe. Se dismantelan los Estados, se hipoteca la independencia política, se enajena la economía, los bancos mandan en los Estados, la política está a las órdenes del mercado financiero, se privatizan las ganancias y socializan las pérdidas. Esta es la lógica moderna de la justicia social y del orden mundial.

Las drogas de mayor consumo tienen que ver con la productividad: la incrementan, enmascaran el miedo y el cansancio; Estados Unidos -5% de la población mundial- consume más de la mitad de las drogas ilícitas y ha convertido la guerra contra la droga en guerra social contra los pobres.

En 1996, el Departamento de Defensa de Estados Unidos reconoció que en una década había instruido a militares latinoamericanos en técnicas de extorsión, tortura, secuestro y asesinato, y nada pasó en la conciencia ni en la vergüenza de la humanidad, nadie enjuició a nadie; la guerra es un espectáculo para el consumo; los países que más armas venden deciden sobre la paz; por cada dólar asignado por la ONU para la paz, se invierten 2.000 en guerra.

Nuestra civilización se funda en una negación de la materialidad de la vida humana como criterio de verdad, ante el cual es necesario plantearse críticamente desde la teoría y la acción. Hemos fundado nuestra civilización y nuestros aparatos productivos de la riqueza social, sobre el dolor: el desempleo, la marginalidad, el militarismo, la burocracia, la especulación y la corrupción. Un especial rol le compete a la universidad como lugar de una razón crítica y esa actitud crítica -su rol pertinente- ya es un acto radical de impertinencia necesaria. Pues una desarticulación entre teoría y práctica no sólo es condición de imposibilidad de la teoría sino de la práctica misma, en especial de una práctica y de una teoría liberadoras de la humanidad.

Este espeluznante panorama se debe a decisiones tomadas por profesionales que han pasado por sistemas educativos modernos, han sido calificados en las mejores universidades del mundo, instituciones regidas por escalas de valores que coinciden con los ideales de las más bellas utopías educativas y sociales de todos los tiempos. Sin embargo, las decisiones se han tomado y se seguirán tomando bajo el imperativo de un interés que opera impersonalmente. ¿Qué puede hacer la universidad? Porque a la par con este panorama hay personas que no actúan movidas por el egoísmo y el despotismo, confirmando la posibilidad real de educar para una realidad posible y diferente.

Una universidad que reconozca esta realidad y no actúe en consecuencia está necesariamente en crisis y condenada a desaparecer.

Santiago de Cali, Octubre 29 de 2000
Johannio Marulanda